

LA TRAMOYA POLÍTICA

Reflexiones sobre el hombre "faústico"

Un libro de Oswald Spengler

No hay nada más difícil, más pavoroso y más inquietante que rendir la debida devoción a la actualidad palpitante que un periódico exige y significa cuando la actualidad se escamotea y se borra por un régimen de restricción que suprime en el periodista esa nota simpática de profusión de crítica sobre problemas o fenómenos que el oleaje humano arroja a diario a la voraz curiosidad de un mundo de lectores expectantes. Y si la prensa, en la vida tumultuosa de un pueblo, cristaliza un modo de pensar o un estado de sensibilidad colectiva y la prensa española ha condensado hasta el régimen imperante, la actualidad política viva con preferencia a otros aspectos psicológicos de temas nacionales, convendrá decir que el pueblo español, pese a toda su decantada abulia y a su indiferentismo patológico, ha sido un pueblo de preocupaciones eternas por manifestaciones de política, siquiera bullera en el fondo de la misma un problema banal de astucia y de ratimagería. Desplazada la función de la prensa actual, del comentario político que a borbotones hervía antiguamente en la balumba tormentosa de los partidos, se restituye a otra función que a nosotros nos parece más noble y elevada. Es preciso interesar a las muchedumbres en otros problemas de envidia espiritual, hasta la fecha coizados por una minoría selecta de fuerte mentalidad cuyo ritmo, de una sensibilidad finísima, palpaba acompañado al pensamiento universal. Difícilmente habrá quien contradiga la mayor valoración de la nueva prensa, purificada del comadreo habitual y del comentario frívolo e insulso. Entre las declaraciones pueriles, hinchadas de petulancia vana, de un político campanudo y grave, que chisporroteaba a diario las más huecas estulticias, y la exposición de este libro maravilloso y agudo de Oswald Spengler, en todo lo que tiene de claro, de sutil, de luminoso, de sugerido y profundo, media una diferencia de plusvalía (digámoslo con palabras de Marx) al alcance de cualquier mediano entendimiento. "La decadencia de Occidente" titula el pensador alemán sus elucubraciones originales sobre un tema de alta y eterna preocupación humana. La interpretación armónica de la Historia obtenida en un crisol de selectas motivaciones ideales. Sería demasiado enojoso y complicado, exponer desde una tribuna abierta a un auditorio de escasa preparación, una síntesis abstracta del pensamiento guía del libro que nos ocupa. Acotemos, sin embargo, un punto interesantísimo de original percepción por Spengler.

Entré el flujo perenne y accidentado de la humanidad, elaborando a diario el contenido de la Historia, y reflejando el poder crítico sobre un foco determinado, Spengler diferencia dos tipos humanos de caracteres definidos y categóricos. El hombre de Platón, el ciudadano de Atenas, o el espectador del Foro romano y el hombre de nuestro siglo articulado a la civilización de un grupo europeo.

Acotemos la diferencia con la terminología spengleriana. El hombre «apo-

lítico» que vacía con sus cinceles inmortales, Praxiteles en mármol del Pindo y el hombre «faústico», que roza con sus alas de pájaro inquieto las alturas azules del cielo... El uno ciñe sus ansias a una realidad tangible, a una simbolización simplista de afanes y sentimientos; el otro interroga con palabra preñada de inquietudes, a la eternidad por el misterio de la creación y por el secreto de las veladuras extraterrenales. Pero no se ha preguntado Spengler al establecer la diferenciación, y ante los dos tipos históricos definidos, qué cantidad potencial de felicidad y de valor palpita en ambos arquetipos sugerentes de dos civilizaciones contrapuestas. Y es conveniente ponderar el grado de vida heroica que representan el hombre «apolítico» y el hombre «faústico» para valorar sus cualidades preferentes. Porque yo no estimo que tengan menos fuerza ideal los dialoguistas radiantes de Platón que los cautivos del coro de la Forquias del «Fausto» aconsejando al mundo «no pensar en los Dioses»...

La misma simbolización que Spengler pone en el hombre «faústico» como henchido del sentido de la historia, no puede contagiarse a un sentimiento innumerable de colectividad. La multitud, la masa anónima es una fuerza amorfa de escaso valor por sí. Ello depende de ese coeficiente de alta dirección moral que Emerson propulsaba como instrumento de civilización. Y esta no depende ni podrá obtenerse jamás en un grado fino de estimación, de la acumulación de muchas virtudes mediocres que rindan el equivalente de un rasgo de abnegación o de heroísmo.

Sin querer, la teoría spengleriana, se da la mano, íntimamente con el sentido de la cultura superior que culmina en el «heroísmo» de Carlyle y en el «superhombre», nietzchiano. Y es que por muchos caminos que se estieren y se barajen en la dirección ideal de los pueblos, siempre, perdurablemente, en todo tipo de civilización superior, la selección será una necesidad del progreso. Es decir, la subordinación orgánica de los miembros del Estado a una jerarquía de graduales capacidades dirigentes. De lo contrario el hombre «faústico» de Spengler que siente la inquietud eterna de las eternas interrogaciones, sólo podrá ofrecer la realidad de su visión en aquella «igualdad de semidioses» que Renán distinguía en la primavera juvenil de la clásica Atenas.

Un espectador imparcial y severo que juzgase el tejido histórico de nuestra tierra manchega ¿podría someter a estudio dos tipos semejantes a la aguda percepción de Spengler? Nuestro Ortega y Gasset que ha analizado con una profunda mentalidad estudiosa el vasto estadión de la vida nacional, catalogó en las formaciones humanas la existencia de un tipo esencialmente ruralista. He aquí la psicología manchega. «El odio de la mediocritud envalentonada por la nivelación y la tiranía irresponsable del número» encorcoraba a Flaubert en sus constantes inspiraciones. Sancho no tiene nada de apolíneo ni de faústico. Y es el padre común de una vasta e innumerable progenie...

«Estamos en una época para nuestra patria aciaga; la orgullosa Media Luna en el suelo hispano manda... Y sufrimos el bochorno y la vergüenza menguada de ver que un dominio extraño impone su aliento a España...»

JACOBO ROLLA

LAS INFORMACIONES DE "LA TIERRA HIDALGA"

EL CALLEJÓN DE LOS MOROS

Del Almagro primitivo.—El hechizo de lo viejo.—Una sibila ambigua.—Las vetustas murallas.—Reflexiones de antaño.—Conversando con un erudito.—Los árabes españoles.—Rimas evocadoras.—El edificio de La Tercia.—Huyendo del encanto...—Fantasía, todo pura fantasía...

Esta es, seguramente, unas de las típicas callejas de nuestra ciudad, donde con más fruición pueden extasiarse los amateurs de lo vetusto, de esa huella imperecedera, o difícilmente perecedera cuando menos, que perdura a través de los tiempos cual un perfume de emanaciones poderosas, ásperas y fuertes; que cristaliza en el espíritu, que se mantiene en lo más vivo del alma como una flor marchita entre las hojas de un breviario, reverdecido días muertos, de inquietud romántica, que la imaginación subraya en el recuerdo precisamente porque se desvanecieron para siempre...

«Lo que adoramos con más ansia y lo que amamos con más fe, ¡es todo aquello que se ha ido y que ya nunca ha de volver!»

Tiene razón el poeta de las modernas elegías, el que supo exprimir su sentimiento en el «Viaje sentimental» más conmovedoramente poético que se escribió en lengua castellana.

«El callejón de los Moros...! Bastará que le atraveséis de un extremo a otro,

1,570 para la expulsión de los moriscos del reino de Granada y su distribución por Castilla y otras provincias—como castigo a su alzamiento en armas por haberseles privado del «uso de sus trajes, nombres y lengua», que capitaneó Aben-Humeya resistiendo bravamente en la Alpujarra—es muy fácil que también el moruno callejón almagraño a que venimos refiriéndonos experimentase la afluencia de la abigarrada morería, con otras calles de abolengo semejante, en donde la vida de aquellos desterrados hijos del Profeta se consagraba al cultivo de los campos, al desempeño de modestos oficios buhoneros y a la práctica de minúsculas industrias.

De todos modos, y cualesquiera que sea la variante de su historia, y la fecha exacta de su construcción, ahí tenéis su singular aspecto de marcado sabor arábigo, de clásica barriada mora, en el grabado que reproducimos; edificaciones de construcción añeja; paredes de milenaria macidez; hueallas de aspilleras antiquísimas; anchos aie-



ALMAGRO.—El Callejón de los Moros (Fot. Sánchez)

ros de enmaderada contextura; ventanillas cuadradas de raquítica dimensión; efluvios de huertos cercanos; voces de humildes mercaderes, y una vieja de ambigua silueta—con aire de sibila—destacada en el quicio de un angosto mechinal...

«Vieja calle de leyenda llena de sombra y misterio, de remendadas paredes y de caserones viejos; calle que habla de estocadas, de galantes escarceos, de hechizadoras mujeres y de silenciosos besos... Aún parecen escucharse en los nocturnos siniestros, el eco de los suspiros y el chocar de los aceros...»

En los «nocturnos siniestros», ciertamente, parece percibirse el rumor exótico de los hijos del Islam. En el sosiego de la noche, las sombras largas y palpitantes, se condensan en visiones ilusorias, en imágenes flameantes e indecisas que la imaginación evoca tercamente...

Aprovechando la compañía de un culto amigo que con nosotros ha cruzado esta calleja, le excitamos a un substancioso comentario, formulándole—como un disparo a quemarropa—el interrogante que sigue:

—Ya que nuestra información de hoy se limita a un tema evocativo de los moros, ¿quiere usted decirme su criterio sobre aquellos invasores de España? Tendría mucha curiosidad en saber si su opinión acerca de ellos es adversa o favorable...

—Indiscutiblemente favorable. Aquellos árabes invasores de España—y voy a contestar a usted con las palabras textuales de un ilustre investigador en la materia—, invasores de España, decía, y más tarde hijos preclaros de ella, amantes sobre todo de su patria andaluza, hasta el punto de escribir una de las páginas más gloriosas de nuestra historia, hicieron de las capitales españolas que tuvieron bajo su dominio, centros de cultura que nada tienen que envidiar a la inolvidable Bagdad del imperio de Oriente, cuando ejercía funciones de califa el gran Harám El Raschid. Para tener idea aproximada del engrandecimiento español en aquella época, habría que leer uno a uno los Códices que se guardan en nuestra Biblioteca nacional, en

la del Escorial, en las del Vaticano, París, Hamburgo, Leyden, y en las otras de Constantinopla, El Cairo, Fez, Túnez, Argel y algunos pueblos más del Oriente.

—Resultaría muy interesante esa documentación...

—De ella se obtiene una consecuencia positiva, exacta; que la alta cultura de los árabes españoles, aparte las luchas religiosas que no hemos de discutir aquí, marca en la vida humana un ciclo de civilización que puede compararse sin menoscabo con los de Grecia, Roma e Italia en un Renacimiento...

—¿Tanta fué a su juicio la influencia...?

—Transcendental, definitiva, innegable... Con sumo acierto expresa Le Bon, que es de todo punto falso que la ciencia entrase en Europa con las Cruzadas; lo hizo por la España árabe. Nos bastará recordar que en los siglos IX y X no existían en todo el continente europeo otros centros de «cultura» que los señoríos feudales, donde los señores de horca y cuchillo que poseían el nunca bastante odiado derecho de pernada, tenían a honra no saber leer ni escribir, y la ignorancia se extendía por Europa entera que se hallaba envuelta en las negruras de una noche de barbarie intelectual.

—Exacto, amigo mío.

—¿Quién alumbró esta noche...? ¿De dónde sale el sol radiante que aparta las sombras fatales, poniendo claridades de progreso en los espíritus y en las inteligencias? De España. El aludido investigador, que cuenta con todas mis admiraciones, autor de la muy notable obra «Reyes, favoritas y validos», así lo afirma fundadamente. Salí de España; de la raza árabe española, cuya sabiduría era necesario reconocer; cuya cultura, saltando fronteras, llegó a atravesar el Báltico, haciendo que la monja

Rowistha, sabedora de la fama de Córdoba, calificase a esta ciudad con el sobrenombre glorioso de Ornamiento del Mundo.

—¿Como que Córdoba llegó al más alto grado de prosperidad de que en Europa se tenían noticias por aquella época. En Córdoba, según la Historia, había novecientos baños públicos. ¿Qué capital del mundo puede ofrecer hoy ejemplo semejante de saneamiento...?

—Bien; acordes en un todo. Pero... ¿Cortemos el diálogo!... porque me parece que nos vamos remontando demasiado...

Pasamos frente al edificio de La Tercia, situada también en la curiosa calle a que dedicamos la actual tarea informativa. Es ésta la casa o almacén donde se depositaban los diezmos reales o prediales, que como los lectores no ignoran, consistían en la décima parte de los frutos de la tierra que se reservaban para el Rey, y no siendo, por tanto, más que un impuesto en especie considerado como contribución directa. El pago de los diezmos es de una antigüedad remotísima; el Rey Alfonso el Sabio, en 1280, eximió del pago de ciertas cargas, menos de los diezmos, a algunas ciudades.

La estrecha y sugeridora «avenida» que sirve en esta ocasión a nuestra pluma de pretexto para hilvanar sus ya expresadas reflexiones, formaba parte de las murallas que rodeaban a la población.

Declina el Sol... Notamos en el rostro, como una caricia afilada, los agudos alfilerazos de un frío penetrante... Huímos de los venerables murallones, entre los que hemos querido «impreonar» estas líneas de sugeridos matices, y al llegar al guardarrapas del Casino, un poco fascinados aún por el esfuerzo evocador de las pérdidas vagues de un antaño confuso y mágico, se nos antoja que—al despojarnos del abrigo—sentimos algo así como si nos fuese desprendido de los hombros el peso de un moruno alquicel blanco...

—¿Puede darse mayor «alarde» de imaginación...?

—¿Puede darse mayor «fogosidad» de fantasía...?

Ningún lector podría formularnos una réplica contradictoria.

SONETO GALDÓS

Falleció Don Benito Pérez Galdós el 4 de Enero de 1920; vayan a su memoria estas líneas rimadas, en el cuarto aniversario de su muerte.

Torrente inextinguible de un río caudaloso que avanza, avanza, avanza con ímpetu veloz, y que deja a su paso, sereno y rumoroso el eco perdurable de su divina voz.

Arbol exuberante de tronco corpulento que crece, crece, crece mostrando su esplendor, y que al tender sus ramas prodigiosas al viento diluye en el espacio su aroma embriagador.

¡Torrente inextinguible...! ¡Arbol exuberante...! Algo así parecía el soberbio gigante que con su enorme númen—todo luz, todo fuego—

en Episcidios puso la Historia nacional; aquél Galdós servile que murió pobre y ciego, y que, como Cervantes, ¡ha de ser Inmortal...!

JACOBO ROLLA